

EL DESIERTO

ó

LA INMATERIALIDAD DE DIOS.

MEDITACION POÉTICA.

I

« Es de noche... ¿Quién respira?... ¡Ah! es el hábito prolongado, la respiración nocturna del llano que parece, oh desierto, temer despertarte.

« Reclinado en la arena, inmutable almohada, escucho, reteniendo mi aliento interior, la errante brisa que pasa, canta y llora; lengua del aire y sin palabras, cuyo sentido yo solo sé, cuyos acentos no puede traducir ninguna voz humana, pero que tantas noches semejantes pasadas bajo la estrellada bóveda, me enseñaron, desde mi infancia, á traducir en pensamientos. Sí, bien comprendo, oh viento, los secretos que vierte tu arrullante murmullo en el seno de la noche; bien comprendo tu voz que no

tiene secretos para mi alma, desde tus ahullidos
invernales en el mástil que se quiebra, hasta el
muelle susurro de la impalpable brisa que esparce,
simulando el zurrido lejano de la onda, la espuma
arenosa del granito sobre mi manto.

« ¡Qué deleite es sentir los movimientos de la
palpitante lona que inclina y levanta alternativa-
mente la estaca de mi tienda, comunicando á los
surcos que ahuecan nuestros lechos, el insensible
balance de un mar de hinchadas ondas! Tu voz que
de tan alto descende, es la sola que habla á este de-
sierto mudo bajo su inmensa extension. ¿Quién
osará perturbar el solemne reposo que lo envuelve?
¿Tendrá acaso un eco para nuestras balbucientes
palabras el vasto ámbito arenoso? No, solo el trueno
y tú, cuando cabalga rápido el simun azotando la
abrasada llanura, teneis derecho de levantar la voz ;
tal vez al leon cupo igual privilegio, al leon cuyas
dilatadas narices respiran fuego, y á Job, leon hu-
mano, cuando ruge dirigiéndose al Omnipotente.

« ¡Cómo se refleja el infinito en el espacio como
en un espejo! ¡Hora de bendicion que ve, en el
aureo horizonte de un cielo sereno y cristalino, le-
vantarse fulguroso el ancho disco de la luna llena,
reverberando una luz rojiza y misteriosa, á cuyos
rayos diviso subir, en espirales gigantescas, las in-

decisas cimas del negro Líbano, sobre cuyos bordes
se cierne y navega la estrella vespertina, como un
cisne bañado en los jardines del Altísimo.

II

« En el arenoso piélago do navega la luna, flota
mi mirada de mégano en mégano; mal afianzado el
suelo bajo este vasto nivel, imita los tremendos
flujos y reflujos de los mares. Hacinado en forma
de ola, labra ahuecando el polvo la cuenca de un
valle, en el cual como la sal que lame ávido el ca-
brito, bebe la caravana el sudor de la roca. A la ma-
cilenta luz de las estrellas, se engaña el ojo del pe-
regrino y cree que, si un buque abriendo aquí sus
velas surcase el elemento do huye la veloz gazela,
cederian bajo la quilla esas olas petrificadas, comu-
nicando á los mástiles inclinados por la estela, el
sublime vaiven de las olas del desierto.

« Pero el camello que pensativo escucha el ba-
lance de su giboso lomo, es el único buque que
surca esos granujientos mares. El Criador formó
para medir con su paso tardío y acompasado el vasto
ámbito del desierto, á esa preciosa acemila, lenta en

su marcha como un dia que tras otro transcurre, paciente como un término que fijo al caminante espera, larga como un espacio infinito recorrido paso á paso, prudente como la sedienta caravana que engaña durante cuarenta dias su fébril anhelo, midiendo con parsimonia el líquido escaso á la humedecida lengua; desnuda como un indigente, sobria como el hambre misma, pronta á ensangrentar sus labios en los abrojos que erizan la senda, segura como un criado, dócil como un esclavo, dispuesta á deponer su carga para calzar sus maniotas, pronta á hallar ligero el peso, bondadoso al hombre, suave el freno, y cuyos hinojos se doblan para dar mayor altura al infante.

.....

III

« Los mios reposan alineados en el fondo de la quebrája, rumiando silenciosos las zarzas ó la segada yerba; sus largos cuellos se arrastran por tierra á manera de sierpes. Entretanto el hijuelo se suspende á la flaca mama y chupa ávido el nutritivo líquido, mientras la madre plañidera lame su tierna prole por la cual agota su sangre. A la manera de escuadra anclada en un puerto, cuyas vergas permanecen plegadas mientras duerme el

viento, tal la gibosa recua incauta pace aguardando que, al despertarse el llano á los rayos solares, aligere cadente su penosa faena el acompasado canto del conductor. Así cada noche llega para ponerse en marcha al dia siguiente, y como nosotros, mortales, sucumbe en el camino.

.....

IV

« El horizonte se ciñe de una faja ignea, y la oscuridad refleja el resplandor de la aurora. Bajo la aerea púrpura que parece llover del firmamento, la arena iluminada se muestra como un mar diamantino. Apresurémonos... despues de este sueño ligero, conviene replegar la tienda plantada por una sola noche, como la humana vida en esta tierra, y volver á emprender de nuevo el pelegrinaje en este océano que borra nuestros pasos, y cuyo término parece huir de nuestra vista.

« Pero ¿ acaso son preferibles las que un remate presentan? ¿ Hubo acaso hombre viviente que consiguiese llegar al término que pensara su mente, aspirara su corazon ó soñara su fantasía?...

.....

« Seguramente el desierto, como toda la tierra,

fatiga y lastima escabroso las llagadas plantas del solitario peregrino, que la tienda de Jacob cada día planta, y en su corazón se ahuecan los abismos de Job. Entre el Arabe y nuestra progenie hay compensación de suerte, si bien, á igualdad de desgracia, goza aquel de la libertad. La tienda y la casa son ambas del sér humano abrigo; pero si á esta circundan, como á una cárcel, estrechas paredes, aquella no reconoce mas confines que la celeste bóveda. El hombre recluso se encadena á las piedras del hogar, y á fuer de roble se arraiga inmóvil en sus surcos, mientras que el habitante del desierto campea libre y audaz en el vasto ámbito de la inmensidad, sin mas sombra que la propia. En vano lo acosa infatigable la tiranía, que estar solo es reinar, y es vivir el ser libre. Por el hambre y la sed compra sus bienes, pues le consta que nuestros tesoros son vínculos que nos ligan. Es verdad que en las calcinadas llanuras de tan avaro yermo, arenoso es el pan, tibia el agua, rara la sombra; pero, ufano al abrirse una senda que jamás trillarán los humanos pasos, contempla al cielo y se dice: Bien lo he pagado.

« Bajo un cielo implacable, candente la tierra no conoce mas adorno que su propia inmensidad. En vano busca afanoso el ojo los azulados reflejos de las candidas nieves, que se destacan brillantes á la hora del crepúsculo en el oscuro azul de los cielos. En vano se esfuerza en ver serpenteando en las llanuras esas arterias do fluye el agua crista-

lina, cuya ramificación ceba y fecunda los pingües prados que coronan de rubias cosechas do undula la pingüe espiga. En vano se lisongea la vista divisar, rumiando en la mullida alfombra, los lucidos rebaños, cuyo vellon blanquea en el horizonte, destinados á caer bajo la humana cuchilla; ni los mares en su cauce movedizo cubrir los negros escollos con franja de plateada espuma; ni el agitado trage de los bosques sombríos vertir de terciopelo la desnudez del globo; ni el variado pincel que sucesivamente cada estación maneja, pintar el horizonte con los colores del año; ni por último, contiguas al descomunal cauce de los ríos, sobre muros añosos, brotar nuevas ciudades, cuyo vasto cinturón cada noche revienta, como la de un seno que cobija gemelo fruto; mares humanos do sube juntamente con el ruido de las olas, el innumerable rumor producido por el vaiven de la muchedumbre.

V

« Ninguna de esas vestiduras que de verde tapizan nuestro globo, piadosa oculta la lepra del desierto; la estéril desnudez de sus descarnados flancos permite perforar la epidermis á los huesos del planeta, y en este suelo que ahuyenta al ave, el hombre deja á cargo del animal mendigar en su provecho.

« Plegar antes que raye el alba su solitaria tienda, reunir el rebaño que la tierra desnuda lame; en torno del pozo excavado por la tribu errante, dar á beber al esclavo do apagara su sed la yegua; suspender á peso igual la muger y los niños, en los hijares del animal que brama y se arrodilla; vogar hasta al anochecer en esas olas sin márgenes, dejando al hridon tascar el freno en ayunas, y al fenecer el dia no tener mas alimento que la leche que parcamente la camella tributa, ó engañar el hambre royendo los áridos huesos de la palma; detenerse á cada momento sin hallar reposo, para economizar el manantial que refresca las abrasadas fauces; partir y repartir hasta que encanezca la cabeza; en tantos millares de dias iguales entre sí, medir tan solo el tiempo por el número de los soles, y en fin, despues de muerto trazar la ruta á las caravanas futuras, con los propios huesos blanqueados. Tal es el hombre... Y no obstante este hombre disfruta de goces... sí, de goces que extrañar no debe quien considere que el desierto se halla desprovisto de ciudades, que el aire es vírgen de la impura turba; que el ánimo se cierce independiente; que mas libre es el hombre, y que Dios es mas Dios.

« Yo mismo, deponiendo el orin que empañaba mi alma, siento un engrandecimiento adecuado á mi pérdida, mientras mi mente libre y despejada como los cielos, reviste la soledad y la grandeza de los lugares en que respiro.

VI

« Tal desnudo el nadador, antes de zambullir en la onda, depone en la playa sus inmundos vestidos; y mudando de naturaleza al trocar de elemento, retempla su vigor en las espumosas aguas. Mecido por las enormes olas, no se acuerda de los tejidos cuya malla encarcelaba sus formas, ni de las sandalias de cuero que abrigaban sus plantas, ni del cinturon estrecho que sus lomos ceñia, ni de los pliegues uniformes, ni de los colores convenidos, ni del manto que despojara sus desnudas espaldas. Risueño hiende el cerúleo seno de los mares, y arrebatado por la onda, saluda al Océano con un grito de libertad. Preguntésele si piensa inmergido en el agua viva, lo que anteriormente pensaba acurrucado en la playa. No, que con sus vestidos despojara la índole facticia que usurpaba su sér, y en el cristal salado contempla el hombre del aire vírgen y de todos los paises. Al dejar la ribera recobra su alma, y libre se ve de su voluntad, libre como la ola.

.

.

VII

« Así emancipa el desierto á la criatura humana que vuelve libre como el elemento marino. A cada paso que da en la anchurosa ruta, lo descarga el espacio de uno de los pesos que abrumaban su ánimo. A cada estacion que llega, despójase sucesivamente de las argollas de la imitacion servil; y á medida que escapa de este Egipto humano, despréndese con cada hábito un eslabon de su cadena que la arena sume.

« Ni los marmóreos muros que la servidumbre disfrazan, ni las Balbecs que pueblan petrificados dioses, ni las pagodas, minarettes, panteones ó acrópolis, el suelo del desierto oprimen con el peso de sus cúspides; ni la fé habla aquí las lenguas de la Babel confusa; ni como otra Raquel lleva el hombre, ocultos en sus camellos y bajo los pliegues de su trage, los dioses de su tribu que hurtar puede el ladrón, pues el espacio abre el espíritu á la inmateria- lidad. Cuando al atravesar el desierto, atesoraba Moisés el pensamiento de Israel errante, no pesaba el Arca en manos de los que transportaban á Dios de Menfis á la tierra prometida, pues Dios es una idea.

VIII

« Hace sesenta dias que vogo en busca de ese vago horizonte que siempre retrocede; y olvidando los pasos de su peregrinacion, desprovista de toda esperanza precedente y subsecuente, respirando á plenos pulmones un aire escaso, mi alma encuentra deleite en su misma soledad. La libertad de espíritu constituye mi tierra prometida, que marchar solo emancipa y diviniza el pensamiento aislado.

« Esta noche visitaba el desierto la luna, cuyo disco velado por la arenosa niebla que levanta el viento del simun, se mostraba rojizo y rutilante como hierro candente que sale de la fragua, al atravesar los rayos del astro la pulverulenta espuma del Océano arenoso. Réverberante la llanura pintaba al vivo este fuego, al paso que los fulgorosos rayos del astro tenían la atmósfera de purpúrea sangre, y el torbellino de polvo abrasaba como mal apagadas cenizas. Al ímpetu del viento desplomóse mi tienda sobre mi frente, mi boca sin aliento quedó en la arena sumida, mi mente se figuró que el paso del mismo Dios hacia temblar la tierra, é imaginándome verlo al través del misterio, exclame dirigiéndome al torbellino: — ¡Oh Altísimo! si á mi